

sustentar al hombre? ¡Oh Gloria mía! Mudadme en otro varón, para que pueda servirlos por esta mudanza que por mí habéis hecho. Si Vos me dais todo lo que sois para mi sustento, yo os quiero dar todo lo que soy para vuestro servicio; mi cuerpo con mis sentidos, mi corazón y cuanto tengo, emplearé en servirlos, pues Vos lo habéis empleado todo en sustentarme. ¿Estás tú, alma mía, animada de estos sentimientos?

Punto 3.º *Otros dos milagros de la divina omnipotencia, que son: estar el cuerpo de Cristo en el Sacramento á manera de espíritu, y sin dejar al cielo.*—Considera otro milagro no menos estupendo que los dos anteriores, que es estar todo el cuerpo de Cristo en el Sacramento indivisiblemente á manera de espíritu, de modo que todo Él está en toda la hostia y todo en cada parte de ella. De donde resulta que, aunque la hostia se divide, Cristo nuestro Señor no se divide, sino que todo Él entero queda en cada partecica de ella. Y de aquí es también que la vida que vive Cristo en el Sacramento, no es vida de carne, sino como vida de espíritu; porque allí, aunque tiene pies, no anda, y aunque tiene manos, no palpa, y aunque tiene lengua, no habla; solamente usa de las potencias espirituales, propias del espíritu. En lo cual debes aprender que, aunque vivas en carne, no has de obrar según la carne, sino según el espíritu, haciendo obras espirituales y mortificando las carnales. Pondera luego otro sorprendente milagro, que consiste en que, estando Cristo nuestro Señor en el cielo empíreo, ocupando el lugar que su soberana grandeza merece, sin dejar de estar allí, baja al Sacramento; y juntamente está en diferentes partes del mundo, dondequiera que fuere consagrado, sin exceptuar lugar ninguno, y con tanta vigilancia atiende á la consagración de cualquier sacerdote, que, en diciendo las palabras de la consagración con intención de consagrarle, en el mismo instante las saca verdaderas, haciendo todos los milagros referidos. ¡Oh omnipotencia soberana de Jesús, que así os empleáis en provecho de los hombres, ofreciendo poner vuestro cuerpo en cualquier lugar de la tierra donde puede estar el suyo! ¿Quién será capaz de hacer cuanto merecéis por tan admirable beneficio? Permitidme, Señor, que me dedique todo, y en todo tiempo y en todo lugar, á vuestro servicio. ¡Oh alma devota! Esto debes hacer si quieres corresponder de algún modo al amor de Jesús. Mas ¿qué has de corregir y enmendar? ¿Qué te conviene practicar?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán cierto es que en el divino Sacramento hallamos un recuerdo perenne y expresivo de las grandezas y maravillas de Dios! ¡Cuán bien dijo David que el Señor daría á los que le temen un manjar suavísimo, que sería un memorial de sus obras portentosas! Él nos recuerda la Trinidad beatísima, los infinitos atributos de Dios, su bondad, misericordia, sabiduría, omnipotencia. Estando en él escondido y

velado bajo los accidentes del pan el Verbo encarnado, están también con Él el Padre y el Espíritu Santo con todas las perfecciones infinitas que les competen. ¡Oh cristiano! ¿Has considerado tu dicha al recibir el Santísimo Sacramento? ¿Has pensado que en ese momento feliz se cumple al pie de la letra la promesa de Jesús á sus amantes discípulos? Vendremos á él y moraremos dentro de él. Para ello ha de despertar su omnipotencia, ha de realizar los más grandes portentos; pero no importa. Su amor pasa por todo. Él rompe la unión que existe entre la substancia y los accidentes; de tal modo prepara y amasa su cuerpo sacramental, que todo Él se halla en toda la hostia y en cada parte de ella, y sin dejar el cielo, donde está glorioso y en su propia especie, se presenta puntualmente adonde quiera que le llamen sus ministros, sin faltar jamás á la palabra que ha dado y á las promesas que nos ha hecho. ¡Oh! ¡Si tú supieras agradecer tan grande benignidad y misericordia! ¡Si, á imitación de tu Señor, estuvieras siempre presto para someterte á sus mandatos y voluntad! ¿Qué te conviene resolver para obrar de este modo? ¿Qué propósitos has de hacer? Piénsalo, resuelve, pide gracia al Señor, y ruegale por todas las necesidades.

12.—EL SANTÍSIMO SACRAMENTO, CAUSA DE LA GRACIA.

PRELUDIO 1.º Instituyó Jesús el Santísimo Sacramento, para concedernos por medio de él la divina gracia.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesucristo, mostrándote el Santísimo Sacramento y diciéndote: «El que coma de este pan, vivirá».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de recibir siempre con las debidas disposiciones la sagrada comunión, para que sea para ti fuente de gracia y vida.

Punto 1.º *Jesús en el Sacramento, da la gracia por sí mismo.*—Considera cómo, habiendo determinado Jesús instituir siete Sacramentos, que fuesen siete señales sensibles de la gracia, y siete instrumentos para aplicarte el fruto de su Pasión, que es la santificación, quiso que el uno de ellos no fuese pura criatura, como es pura agua, ó aceite, ó bálsamo, ó puro pan y vino; sino que el mismo Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, quiso real y verdaderamente juntarse con la criatura, y encubrirse milagrosamente debajo de los accidentes del pan y del vino, para darte Él mismo la gracia, y aplicarte el fruto de su Pasión, mostrando en esto la infinita caridad y amor que te tiene y lo mucho que estima tu santificación y el aumento y perfección de ella. Esto puedes ponderar por varios ejemplos. Porque nuestro amosísimo Jesús no es como el médico, que ordena la medicina y encarga al enfermero que la aplique, sin tocar él al enfermo; antes Él mismo es el médico y la medicina, y el que invisiblemente la aplica, entrando como manjar en nosotros y dándonos

la gracia que sana nuestra dolencia. No es como el hombre rico y poderoso, que da el precio para redimir el esclavo, y manda á su criado que le rescate, sino Él mismo es el Redentor y el precio de nuestro rescate, y el que aplica este precio de su sangre, y por sí mismo nos da la perfecta libertad de la gracia y adopción de hijos de Dios. No es como el rey que convida á sus vasallos y manda á sus criados que les sirvan á la mesa; antes Él mismo quiere ser el que nos convida y el convite, y el que nos sirve á la mesa, dándonosos á sí mismo en manjar y bebida. Y, aunque los sacerdotes son sus instrumentos para esto, pero Él real y verdaderamente asiste á todo, velado y oculto debajo las especies del pan y del vino. ¡Oh médico misericordiosísimo! ¡Oh Redentor liberalísimo! ¡Oh Rey piadosísimo! ¿Qué haré por vuestro servicio en recompensa de lo que hacéis por mí provecho? ¿Cómo no amaré á quien tanto me ama? ¿Cómo no estimaré la gracia de mi santificación, pues el mismo santificador viene á mí? ¡Oh alma mía! Medita y admira las invenciones amorosas de Jesús, para darte su gracia: ¿no harás de ella el aprecio que es debido?

Punto 2.º *Jesús en el Sacramento, da la gracia con abundancia.*—Aquí has de considerar la abundancia de gracia que Cristo nuestro Señor concede al alma cuando entra en ella por medio del Santísimo Sacramento. En esta ocasión se cumplen perfectamente, si el hombre no pone óbice, las palabras que dice la santa Iglesia: *mens impletur gratia*; el ánima se llena de gracia; porque aquí recibe con plenitud la gracia y caridad, le son infundidas todas las virtudes sobrenaturales y los siete dones del Espíritu Santo, con grande aumento y perfección, mucho mayor que en todos los demás Sacramentos; puesto que éstos no son más que canales por las cuales comunica el Señor la gracia, y en aquél se halla la misma fuente de las gracias y el dador de ellas; por cuyo motivo, el don que concede ha de ser más abundante. Cuando el rey da limosna por mano de su limosnero, bien se sufre que la dé pequeña; mas cuando él mismo la da por su mano, ha de ser dádiva grande, como dádiva de rey. Así Jesucristo, cuando te distribuye su gracia por medio de los demás Sacramentos, se comprende que lo haga con tasa y limitadamente; pero en éste, como Él por sí mismo da la limosna de la gracia y virtudes, dala muy copiosa, como limosna dada por la mano de Dios, cumpliendo aquí lo que dice David, que te corona con su misericordia y con grandes obras que nacen de ella, llenando tu deseo de grandes bienes. En este punto puedes imaginar que Jesús te dice aquello del salmo: «Abre bien tu boca y la llenaré»; dilata y ensancha los senos de tu alma y los deseos de tu corazón, porque vengo con propósito de llenarlos y cumplirlos. ¡Oh Amado mío, rico en misericordias, y generoso en regalar y en enriquecer á los que se acercan á Vos! ¡Quién tu-

viera palabras para alabar y afectos para agradecer la abundancia de gracias que me comunicáis en el Santísimo Sacramento! Gracias os doy por esta merced tan soberana, y no permitáis que sea tan estúpido que no la conozca, tan ingrato que no la agradezca, y tan tibio que no me aproveche de ella.

Punto 3.º *Jesucristo en el Sacramento hace al alma regalado convite.*—Considera en este punto el convite espiritual que hace Cristo dentro del alma, comunicándola en su entrada la refección espiritual, que es la gracia propia de este Sacramento; lo cual puedes entender al modo que dice san Gregorio, que las virtudes y dones del Espíritu Santo, figurados por las tres hijas y siete hijos de Job, hacen banquete muy solemne al alma con el ejercicio de sus actos, meneándolos Cristo nuestro Señor con su presencia, para que los ejerciten con grande júbilo. Hace el banquete por medio de la caridad, moviéndola á que ejercite actos de amor de Dios, de gozo espiritual, de celo de su gloria, de ansias de unirse con su Amado. Mueve la virtud de la religión, para que ejercite actos de reverencia, alabanza, agradecimiento y mil afectos de devoción y oración. Mueve el don de sabiduría, para que brote altos sentimientos de Dios con admiración de sus grandezas, con grande fe y luz de sus verdades, con grande sabor y dulzura por sus perfecciones; y de esta manera menea la fe y la esperanza, la humildad y la obediencia, con las demás virtudes y dones del Espíritu Santo, cuyos actos son refección, sustento y hartura espiritual del alma. De todo esto debes sacar un entrañable deseo de convidarle tú también como Él te convida, animándote á ejercitar estos actos con tu libre albedrío ayudado de su gracia, aunque estés seco y pesado; porque Cristo nuestro Señor gusta mucho de esta comida, y de cenar contigo dentro de tu corazón. Y por esto dice el Espíritu Santo, que si te sientas á comer con el príncipe, mires lo que te ponen delante, sabiendo que le has de aparejar otro tanto para que él coma. ¡Oh Príncipe soberano! Entrad en esta pobre morada á cenar conmigo, y traed con Vos la cena de que gustáis, porque de mi parte me ofrezco á aparejarla, haciendo con todas mis fuerzas lo que os diere gusto en ella. Y nosotros, ¿qué virtudes ejercitamos cuando nos acercamos al divino convite? ¿Recebimos á nuestro celestial Huésped con actos de humildad, amor, fe, reverencia y demás virtudes que desea?

Epilogo y coloquios. ¡Cuán generoso se muestra Jesús en la distribución de su gracia y de las virtudes sobrenaturales, que nos ha merecido á costa de su sangre! Entre los siete Sacramentos, que son como las señales de su gracia y los instrumentos y canales por los que se nos comunica, hay uno que no es pura criatura, sino el mismo Dios, escondido bajo las especies de pan y vino. Este Rey amoroso nos convida á su mesa, nos sirve y quiere que le comamos á Él mismo. Este Redentor bondadoso se

da á sí mismo por precio de nuestro rescate, y Él mismo lo paga para que nosotros sin trabajo salgamos de la esclavitud del enemigo. ¡Oh amor divino, verdaderamente desinteresado! ¿Quién puede llegar á calcular el tesoro inmenso de gracias que recibirá aquel que, debidamente preparado, se acerca á este manantial de bienes y fuente de bendiciones? Aquí el alma se llena de gracia; aquí el Rey por su mano da limosna, y no puede menos de ser limosna real; aquí el mismo Dios convida al alma y reúne en torno de sí á todas sus potencias y á todas las virtudes, y las excita y mueve á que obren los actos que les son propios con grande alegría y provecho de aquélla. Mueve al entendimiento para que penetre sus grandezas, á la voluntad para que le abraza con amor, á la memoria para que se acuerde de Él y de sus beneficios; mueve la fe, esperanza y demás virtudes para que le hagan dulce música, con los afectos que les corresponden. Y tú, ¿cómo te presentas á este convite? ¿Procuras disponerte con el ejercicio de la meditación devota y de las virtudes? ¿Cómo lo has hecho hasta aquí? Tal vez te has acercado al altar santo, movido sólo de la costumbre, acompañado de la frialdad y seguido de la indiferencia. Si es así, procura reformarte, haciendo propósitos, dirigiendo al Señor amorosas súplicas, y rogándole por ti y por todas tus obligaciones.

13. — EL SANTÍSIMO SACRAMENTO, CAUSA DE NUESTRA UNIÓN con Cristo.

PRELUDIO 1.º Jesús instituyó el Santísimo Sacramento para unirse con nuestras almas por la caridad.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús diciendo: « Quien come mi carne y bebe mi sangre, en Mí permanece y Yo en él ».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de unirte íntimamente con Jesús por medio de la caridad.

Punto 1.º *Por el Santísimo Sacramento nos unimos con Jesús.* — Considera cómo Cristo nuestro Señor particularmente instituyó este divino Sacramento, para unirse contigo con unión de caridad todo el tiempo de esta vida, que es el mayor beneficio que aquí hace á sus escogidos. Esto significó cuando dijo: « Quien come mi carne y bebe mi sangre, en Mí permanece y Yo en él ». Que fué decir, está en Mí por la caridad, como el que ama está en la cosa amada, y Yo estoy en él por gracia, comunicándole los bienes que proceden de ella. Y esto, no es sólo mientras dura este manjar sensible en el cuerpo, sino de asiento y con permanencia; porque, consumidas las especies sacramentales, aunque Jesucristo, en cuanto hombre, no permanece contigo, pero en cuanto Dios queda unido contigo y tú con Él con amor de amistad mutua, amándote y amándole, poniendo por obra lo que dijo san Juan: « Dios es caridad, y quien permanece en la caridad,

permanece en Dios, y Dios en él »; porque Cristo nuestro Señor, en cuanto Dios, es la misma caridad por esencia, y de Él nace, por medio de este Sacramento, la caridad participada, y el que le come queda unido con la caridad, y así está en Dios como en su casa de refugio, y Dios está en él como en su templo y casa de recreación. Fija bien tu consideración en estas tres circunstancias, capaces de encender en tu alma la llama más viva de amor: la caridad de Dios es quien te convida con este Sacramento; la caridad es la regalada comida que te sirven en este banquete, y ella entra dentro de ti y se sienta en medio de tu corazón, para aficionar con su presencia á todas tus potencias; y la misma caridad es el fin y fruto de esta comida, deseando Dios por medio de ella permanecer en ti como en el lugar de su descanso, y que tú permanezcas en Él como en el lugar de tu refugio. ¡Oh Amado mío! ¿Qué necesidad tenéis de mi pobre corazón para que inventéis tales medios para conquistarle? ¿No tenéis en el cielo los corazones de todos los ángeles y bienaventurados, que laten á impulsos del amor que os profesan? Bendita sea vuestra caridad, que, para comunicarse á nosotros y mudarnos en sí, se ha querido convertir en comida y servirnos de alimento, y morar de asiento en nuestra alma. ¿Cómo correspondemos nosotros á esta caridad? ¿La hemos rechazado y arrojado de nuestro corazón por el pecado?

Punto 2.º *Por esta unión divina vivimos la vida de Cristo.* — Considera cómo, queriendo Jesucristo mostrarte la excelencia de la unión, que se alcanza por medio de la recepción del Santísimo Sacramento, dijo: « Como Yo vivo por el Padre, así quien me come vive por Mí ». En las cuales palabras puso la mayor semejanza que podía traer para este intento. Para comprender algo de ella, mira cómo el Hijo de Dios, mediante la generación eterna, recibe de su Padre el ser y la vida de Dios, y todas las perfecciones, virtudes y obras de Dios; de suerte que el Hijo, por esta generación, es un Dios con su Padre, vive en Él y por Él, y es sabio, bueno, santo, infinito y todopoderoso como Él, y con Él tiene un mismo sentir, querer y obrar en todas las cosas. Del propio modo, si tú comes dignamente á Cristo nuestro Señor en este divino Sacramento, en virtud de esta comida recibirás por participación el ser y vida de Cristo, sus perfecciones y virtudes, y la conformidad con Cristo en el sentir, querer y obrar lo mismo que Él, de suerte que seas un espíritu con Él. Porque en este manjar vivo sucede lo contrario que en los manjares muertos con que alimentas el cuerpo; pues que no le conviertes en tu substancia como á éstos, sino que Él te convierte en sí; de tal modo, que puedas decir con el Apóstol: « Vivo yo, ya no yo, sino Cristo vive en mí »; y mi vivir es Cristo, porque vivo en Él, hallando en su imitación y seguimiento todo mi contento, alegría, paz y cuanto puedo apetecer; vivo por Él, porque

Él es el principio de todas mis obras; y vivo para Él, puesto que á su mayor gloria y honor dirijo todo cuanto hago, sin buscar agradar á otro ni á mí mismo. ¡Oh, si llegases á unirte con Jesús de tal modo que pudieses con verdad hablar como este grande Apóstol! ¡Oh dulcísimo Jesús! Pues tantas ganas tenéis de que sea una cosa con Vos, como Vos lo sois con vuestro Padre, entrad dentro de mi alma, por medio de este Sacramento, y obrad en ella la unión que por él me habéis prometido, para que por ella seáis glorificado por todos los siglos.

Punto 3.º *Jesús por esta unión es la causa universal de las acciones de quien le recibe.*—Considera en este punto la extensa significación de la palabra de Jesucristo, que dice: «Quien me come, vivirá *propter me*, por Mí». En esta preciosa sentencia están indicados todos los géneros que hay de causa, dando á entender que Jesús será causa perfectísima de todas las obras vivas que hiciere quien le come. Él será la causa eficiente ó eficaz, porque con la eficacia de su inspiración será el principio de ellas, moviéndole poderosamente á que las ejecute. Será la causa final, porque será el fin último á cuya gloria las ordene, proponiéndose en ellas, no alguna ventaja material, ni la satisfacción de su amor propio, ni el acrecentamiento de su propio honor ó interés, sino pura y exclusivamente la gloria de Jesús. Será la causa ejemplar, porque será el dechado y modelo del cual las saque, y con el cual procure conformarse en ellas, no buscando la imitación de los hombres ni de los ángeles, sino principalmente la de Jesús, recordando lo que Él mismo dijo: «No llaméis maestros á muchos, porque uno solo es vuestro Maestro, Cristo». Será, por último, la causa material ó la materia y objeto de las palabras, pensamientos y afectos que tuviera, de modo que siempre viva *propter Christum*, por Cristo, como quien no sabe otra cosa que á Cristo, y éste crucificado; ni quiere amar, ni hablar, sino es de Cristo, ni obrar sino por Cristo, y para Cristo. De este modo, Cristo vendrá á ser su vida, la cual le comunica en el Santísimo Sacramento, y por esto por excelencia se llama Pan de vida, porque por Él se vive vida de Dios, y vida de Cristo en unión con Él, como Él vive la vida misma de su Padre. Ponderando estas maravillas que obra el divino Sacramento en el que debidamente le recibe, debes confundirte grandemente viendo que, á pesar de recibir con tanta frecuencia este pan vivo, se halla tu alma tan falta de fuerzas, y casi muerta para Dios, moviéndola más los deseos de las cosas mundanas que el amor de Jesucristo, buscando más el contento de los hombres que el gusto de Dios, entreteniéndose más fácilmente en la consideración de las cosas terrenas que en la meditación de las cosas divinas. ¡Oh Pan de vida! ¿Cómo es que siendo Vos mi ordinario sustento, me hallo muerto? ¿Cómo se explica que alimentándome Vos mismo, no sienta en mí fuerzas

para hacer obras de vida? Vivificadme, Señor, con vuestra vida celestial y divina, para que de hoy más no viva en mí, sino en Vos, y no viva vida de hombre, sino vida de Dios, unido con Él por todos los siglos. ¿Deseamos alcanzar esta vida? ¿Qué debemos resolver y practicar para llegar á ella?

Epílogo y coloquios. ¡Qué beneficio tan singular nos concede Cristo nuestro Señor por medio del Santísimo Sacramento! ¡Nos une consigo con unión de caridad! ¿Cuándo el hombre, vil gusano de la tierra, podía aspirar á dignidad tan elevada? Si tan apreciada y codiciada es la intimidad y amistad con los grandes y príncipes del mundo, y se reputa por un honor muy grande el formar parte de su servidumbre, ¿qué aprecio deberá hacerse de la intimidad con Jesucristo, y qué honor será el estar unido con Él con los lazos de la amistad? Esto se nos concede al recibir sacramentalmente su cuerpo y sangre. Quien come mi carne, ha dicho el mismo Señor, y bebe mi sangre, mora en Mí y Yo en él; Yo seré para él un lugar de refugio, y él será para Mí un templo y lugar de recreación. ¡Bendita sea tan encendida caridad de Jesús! La cual no se contenta con unirnos consigo de este modo tan admirable, sino que quiere hacernos participantes de su misma vida, haciendo de cada uno de nosotros otro Cristo, teniendo por participación su mismo ser y vida, sus perfecciones y virtudes, y un mismo sentir, querer y obrar con Él, á semejanza de la unión que Él tiene con su Eterno Padre. ¡Oh, si nos dispusiéramos debidamente, y recibiéramos con la conveniente preparación este divino manjar! Llegaríamos, como dijo el mismo Señor, á vivir *propter eum*, y sería Él la causa universal de todas nuestras operaciones. ¿De dónde procede que no reportemos tales efectos? Es que nos contentamos con comerle corporalmente; le miramos simplemente como manjar corporal. No incorporamos su divino espíritu, ni nos preparamos con aquella fe, humildad y deseo, ni le agradecemos cual deberíamos su visita. Mas, aún tenemos tiempo; resolvámonos á cambiar de rumbo, acercándonos con otras disposiciones al divino convite; formemos aquellos propósitos que, atendido el estado actual de nuestra alma, nos sean convenientes, y pidamos fortaleza para cumplirlos y remedio para todas las necesidades.

14.—EFECTOS DE NUESTRA UNIÓN CON CRISTO.

PRELUDIO 1.º Como el manjar comunica sus cualidades al que frecuentemente le come, así este divino Sacramento á los que le reciben.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús diciéndote: «Este es el pan que bajó del cielo».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de recibir de tal modo este Sacramento, que produzca en tu alma los efectos que Jesús pretende.

Punto 1.º *El Santísimo Sacramento comunica sus propiedades á los que le reciben.*—Considera aquí los efectos de tu